

Al anochecer volvió Dionisio y encontró tan notablemente mejorada á la enferma, que ordenó se le diesen alimentos más nutritivos, y le permitió conversase algun rato, siempre que fuese sosegadamente.

XXX

El sacrificio aceptado

Durante todo aquel día Miriam pareció estar embebida en graves, pero consoladores pensamientos. Fabiola, que no sabía separarse de su lado, la estaba observando con una mezcla de placer y de respeto. Figurábasele que el alma de su esclava, apartada completamente del mundo exterior; se ponía en comunicación con seres de un mundo muy diverso. Ora veía dibujarse en su semblante una sonrisa cual fugitivo rayo de luz, ó asomar á sus párpados y deslizarse por sus mejillas una lágrima; ora la veía alzar los ojos, y después de tenerlos largo rato clavados en el cielo con expresión de perfecto y tranquilo gozo, volverlos tierna y afectuosamente á su señora, asiéndole una mano y estrechándola entre las suyas. Así permaneció Fabiola horas enteras en silencio, según lo recomendará nuevamente el médico, considerando como una honra y una dicha estar en contacto con tan raro modelo de virtud.

Por fin, ya bastante adelantado el día, y después de servir á la enferma algun alimento, Fabiola se aventuró á decirle:

—Miriam, pareceme que estás muy aliviada. Tu médico debe haberte dado algun remedio maravilloso.

—¡Oh! sí, muy maravilloso, mi querida ama.

Entristeciése Fabiola al oirse dar este nombre, é inclinándose hácia Miriam, le dijo con afectuosa ternura:

—Te ruego que no vuelvas á llamarme así. Si aquí hubiera ama, tú deberías serlo mía. Además, realizado lo que hace tiempo me proponía, he mandado se te extienda la carta de emancipación, no en calidad de *liberta*, sino de *ingenua*, porque ahora me consta ya que lo eres (1).

Miriam fijó en Fabiola una mirada de gratitud, y ambas continuaron gozando en silencio de su reciproca felicidad.

(1) Los esclavos emancipados tomaban el nombre de *libertos* del amo á quien pertenecían; pero si habían nacido de padres libres, al recobrar la libertad volvían á su primitiva categoría y se llamaban *ingenuos* (bien nacidos).

Al anochecer volvió Dionisio y encontró tan notablemente mejorada á la enferma, que ordenó se le diesen alimentos más nutritivos, y le permitió conversase algun rato, siempre que fuese sosegadamente.

Quando volvieron á quedar solas, dijo Fabiola con acento conmovido:

—Llegó el momento, por mi tan deseado, de cumplir contigo un deber, dándote las gracias (siento no conocer otra palabra más expresiva), no tanto por la vida que me salvaste, cuanto por tu magnánimo sacrificio de la tuya, ó más bien por el sin igual ejemplo de heroica virtud que te lo inspiró.

—No hice más que cumplir con mi deber, —contestó Miriam. —Mi vida os pertenecía de derecho y podiais disponer de ella, aunque fuese con motivo menos importante que el de salvar la vuestra.

—Así lo pensarás tú, amamantada en esa doctrina cuya sublimidad me ha vencido y que mira los actos más heroicos como el cumplimiento del más sencillo deber.

—¿Y qué otra cosa es lo que...?

—No, no,—interrumpió Fabiola con entusiasmo;—no te esfuerces en rebajarte á mis propios ojos, enseñándome á tener en poco lo que no puedo menos de ensalzar como un acto de sin igual virtud. Desde que fui testigo de él, lo he meditado día y noche, ansiando vivamente la ocasión de hablarte de ello. Ahora mismo me detiene el temor de agravar con la vehemencia de mis sentimientos el estado de debilidad en que te encuentras. Tu acción para conmigo ha sido noble, magnánima, superior á toda alabanza, aunque bien sé que no la necesitas ni la deseas, y no ácierto á discurrir cómo ni por dónde podría excederse la sublimidad de tu acción, ni elevarse á más alto grado la virtud humana.

Miriam, que se había incorporado en su lecho, tomó entre sus manos las de Fabiola, y con acento blando y sosegado, pero en tono grave, dijo:

—Amable y bondadosa señora, hacedme la merced de escucharme atentamente. No con objeto de rebajar lo que sólo por vuestra bondad tenéis en mucho; ya que esto os apena, sino para persuadiros de cuán lejos estoy todavía de la cima del heroísmo; permitidme que os refiera un caso análogo, pero en el cual están invertidos los papeles. Supongamos un esclavo (¡oh! ya veo que esta palabra os aflige en mis labios, pero perdonadme si la pronuncio una vez más); supongamos, digo, un esclavo embrutecido, ingrato, rebelde contra el más benigno y generoso de los amos; supongamos que á este esclavo amenaza, no el puñal del asesino, sino la espada de la justicia: ¿qué nombre dariais á la acción y cómo caracterizariais la virtud de ese amo, si por

puro amor y sólo por redimir al esclavo se apresurase á recibir el golpe del hacha, después de sufrir los ignominiosos azotes destinados al culpable, y si no contento aún con esto dejase en su testamento al esclavo por heredero de sus títulos y riquezas, ordenando además que se le considerara como hermano suyo?

—¡Oh Miriam! El cuadro que acabas de presentarme es demasiado sublime para ser verosímil entre los hombres; y con él no consigues eclipsar el mérito de tu acción, porque yo hablaba de virtud humana, y la que tú acabas de describir solamente podría ser obra de un Dios.

Estrechó Miriam contra su pecho la mano de Fabiola, y fijando en su rostro una mirada llena de celeste inspiración, contestó tierna y solemnemente:

—Pues bien: JESUCRISTO, QUE HIZO TODO ESTO POR EL HOMBRE, ERA VERDADERAMENTE DIOS.

Cubrióse Fabiola el rostro con las manos y estuvo un rato abismada en profundo silencio, durante el cual oraba Miriam fervorosamente por ella desde el fondo de su corazón.

Al fin, alzando la cabeza, exclamó Fabiola:

—¡Gracias, Miriam! Has cumplido la promesa que me hiciste de guiarme. Por algún tiempo me inquietó la duda de si serías cristiana; pero ahora veo que no podías menos de serlo. Mas dime: las formidables aunque dulces palabras que acabas de proferir, y que han quedado indeleblemente grabadas en lo más íntimo de mi corazón como penetra en lo profundo del mar una moneda de oro que se arroja á la tranquila superficie de sus aguas; esas palabras ¿constituyen una sola parte del sistema cristiano, ó son su principio, su base fundamental?

—Una simple alegoría —contestó Miriam— ha sido suficiente para que vuestro elevado entendimiento alcance y se apodere de la clave de nuestras creencias. La penetración de vuestro entendimiento ha condensado en un solo núcleo las doctrinas más altas y vitales del Cristianismo, extrayendo de ellas lo que constituye su esencia. El hombre, hechura y siervo de Dios, se rebeló contra su Señor; la inevitable justicia le persiguió y le condenó: ese mismo Dios tomó la naturaleza y forma de siervo y se hizo semejante al hombre: bajo esta forma sufrió ser ultrajado, abofeteado, escarnecido, condenado á muerte afrentosa y clavado en una cruz, en donde espiró y por lo que le llaman el Crucificado: rescató por este medio al hombre y le hizo partícipe de sus propias riquezas y de su reino. Todo esto encierran las palabras que proferí; pero vos habéis sacado de ellas la legítima consecuencia: que únicamente Dios podía ejecutar acción tan sobrehumana y ofrecer tan sublime expiación.

Fabiola volvió á quedar sumida en silenciosa meditación, y al fin preguntó tímidamente:

—Y ¿era esto á lo que aludías en Campania al decirme que solo Dios era una víctima digna de Dios?

—Precisamente; pero aludía además á la continuación de este sacrificio, que por una maravillosa disposición de su amor infinito se perpetúa hasta nosotros. Mas no es todavía ocasión para que os hable de esto.

—Cada vez comprendo mejor —dijo Fabiola— cuán estrecha relación y enlace guarda cuanto me has dicho hasta ahora: un principio brota de otro como las diferentes partes de una planta. Figurábame que tu doctrina no producía más que las vagas flores de una bella teoría, pero con tu ejemplo claramente me demuestras que pueden convertirse en sólidos y sazonados frutos. En tu doctrina paréceme distinguir el tronco del cual parten todas las ramas, desde la raíz hasta esos mismos frutos. Porque ¿quién podrá negarse á hacer por otro lo que, por mucho que sea, será inmensamente inferior á lo que por él hizo el mismo Dios? Pero, Miriam, ese árbol debe tener necesariamente una raíz invisible, profunda, de la cual brote todo; tan oculta, que no esté al alcance de nuestra meditación; tan completa, que el entendimiento no la pueda analizar; y sin embargo tan sencilla á la vez, que pueda comprenderla una fe humilde y confiada. Si no temiese hablar en mi actual estado de ignorancia, diría que esa raíz debe ser bastante dilatada para extenderse por toda la naturaleza; bastante rica para llenar la creación con cuanto es bueno y perfecto, y bastante robusta para sostener el tronco de vuestro frondoso árbol, hasta que llegue á perderse su copa más allá de las estrellas y se extiendan sus ramas á las extremidades de la tierra. Así entiendo tu idea acerca de ese Dios á quien me hiciste temer cuando de él me hablaste como filósofa, representándome como un juez escrutador que todo lo ve; pero á quien estoy segura me harás amar ahora que, ya como cristiana, me le presentas como la raíz y fuente de amor y misericordia infinita. Verdaderamente que sin un profundo misterio, que yo desconozco todavía, sobre la naturaleza de ese Dios, no puedo formarme idea cabal de la doctrina de la redención del hombre.

—Fabiola, —contestó Miriam, — otros maestros más doctos que yo colmarán en lo posible los justos anhelos de vuestro privilegiado entendimiento. Empero ¿queréis ahora prestar sencilla fe á lo poco que pueda deciros?

—Miriam, —respondió Fabiola con vivo énfasis:— LA QUE ESTÁ PRONTA Á DAR SU VIDA POR OTRA, NO TRATARÁ SEGURAMENTE DE ENGAÑARLA.

—Ahora mismo —dijo la enferma sonriendo— acabais de descubrir otro gran principio, cual es el de la Fe. Me limitaré, pues, á referiros lo que nos enseña Jesucristo, que murió verdaderamente por nosotros. Dad solamente crédito á mi palabra

como á la de un testigo fiel, y aceptad la suya como palabra de un Dios que no puede errar.

Inclinó Fabiola la cabeza y se puso á escuchar con reverente recogimiento á la que antes respetara como profesora de una sabiduría aprendida en alguna escuela desconocida, pero á quien acataba ahora como á un ángel que le abría las compuertas del eterno Océano, cuyas aguas son la insondable sabiduría que inunda la tierra.

Miriam expuso en los sencillos términos de la enseñanza católica el sublime misterio de la Trinidad; y después de referir la prevaricación del primer hombre explicó el misterio de la Encarnación, narrando con las mismas palabras de san Juan la historia del Verbo eterno hasta que se encarnó y habitó entre los hombres. Con frecuencia la interrumpía su neófito con exclamaciones de admiración y asentimiento, sin una sola que expresara duda ó dificultad. La filosofía cedía su puesto á la religión, el sofisma á la docilidad, la incredulidad á la fe.

Mas de pronto reparó Miriam que la tristeza anublaba el semblante de Fabiola, y solícita le preguntó la causa.

—Apenas me atrevo á decírtela,—respondió.—Cuanto me has referido es tan bello, tan divino, que me parece necesario no pasar más adelante. ¡El Verbo! ¿qué nombre tan noble! ¡El Verbo, es decir, la expresión del amor de Dios, la manifestación de su Sabiduría, la evidencia de su poder, el soplo de su vida vivificante, fué hecho carne! ¿Y quién se la suministrará? ¿La recogerá de los inmundos desechos de una humanidad corrompida, ó creará expresamente para sí una humanidad nueva? ¿Irá á tomar lugar en una doble genealogía, recibiendo dentro de sí mismo una doble corriente de corrupción? Y ¿hallará en la tierra hombre tan elevado y poderoso, de especie tan superior que pueda llamarse su padre?

—No,—respondió Miriam,—pero hallará una Mujer bastante santa y humilde para ser digna de llamarse su Madre. Cerca de ocho siglos antes de que el Hijo de Dios viniere al mundo, un Profeta predijo y dejó escrito en un libro consagrado á los judíos, enemigos capitales de Jesucristo, que una Virgen concebiría y pariría á un Hijo, cuyo nombre sería Emmanuel (1); palabra que en lengua hebrea significa «Dios con nosotros», es decir con los hombres. Esta profecía se cumplió en la concepción y el nacimiento del Hijo de Dios en la tierra.

—Y ¿quién fué Ella?—preguntó Fabiola con profundo respeto.

—Una cuyo nombre es bendecido por cuantos adoran el de

(1) Isaf. vii, 14.

su divino Hijo. Debeis conocerla con el nombre de María, *Miriam* en su lengua nativa, el mismo nombre con que yo me honro. Su virtud y su santidad la dispusieron para la sublime dignidad que le estaba reservada. No tenía mancha que lavar, porque era sin mancha; no necesitaba ser purificada, porque fué siempre pura; ni libertada de pecado, porque nació inmaculada. Esa corriente de que hablábais encontró en Ella el dique de un eterno decreto por el cual se impidió que la santidad de Dios se mezclase con el pecado, que únicamente podía Jesucristo redimir permaneciendo ajeno al pecado mismo. Limpia como la sangre de Adán cuando el soplo divino la hizo circular por sus venas; pura como la carne de Eva mientras estaba aún en las manos del Todopoderoso que la arrancaba del costado del primer hombre dormido; tales fueron la sangre y la carne que formó el espíritu de Dios para la gloriosa humanidad que Jesús recibió de María. Y ahora, Fabiola, después de tan extraordinario privilegio concedido á nuestro sexo en María, ¿os sorprenderá acaso que mujeres como la dulce Inés escojan por modelo á esta Virgen sin par, viendo en la que Dios eligió para Madre el espejo de todas las virtudes, y que en vez de dejarse uncir al yugo de este mundo, aun cuando sea con los más tiernos vínculos, quieran remontarse al cielo en alas de un amor indiviso, como el amor de María?

Tras una breve pausa, en que tomó aliento, continuó Miriam el resumen de la historia del nacimiento del Salvador, de su laboriosa juventud, de su vida pública tan activa como llena de sufrimientos, y por último de su dolorosa cuanto ignominiosa Pasión. Interrumpiéronla no pocas veces los suspiros y sollozos de su discípula, que la oía con atención y dispuesta á instruirse. Llegada la hora de descansar le preguntó Fabiola humildemente:

—¿Estarás demasiado para contestar á otra pregunta mía?

—Oh! nó,—respondió afanosa Miriam.

—Dime, ¿qué esperanza le queda á la que no puede alegar ignorancia, porque presumía saberlo todo; á la que nunca dejó instruirse y fué siempre apasionada por la ciencia, pero que hoy debe confesar que despreció la verdadera sabiduría y escarneció al Dispensador de ella; en suma, á la que se burlaba de los tormentos de Aquel á quien llamaba por escarnio el *Crucificado*, y hasta ridiculizaba su muerte sin reflexionar que sus tormentos atestiguan su amor á los hombres, y que con su muerte los redimia? ¿A esta desventurada puede quedarle alguna esperanza de...

Y un copioso llanto ahogó la voz de Fabiola. Miriam aguardó en silencio á que la desatada lluvia se convirtiera en el suave rocío que ablanda el corazón del que llora, y dijo después con tono tierno y persuasivo:

—En los días del Señor vivía una mujer que se llamaba también como su inmaculada Madre. Esa mujer había sido una pública y escandalosa pecadora, mas al fin se horrorizó de sus pecados y de la degradación en que había caído. Conoció al Salvador, no se sabe cómo, y abandonándose presto en su interior á una férvida contemplación, acabó por amarle intensamente por su benigna familiaridad con los pecadores, por su dulzura y misericordia con los culpables. Amó al Señor y amóle cada vez más vivamente; y olvidándose de sí misma, no pensó ya sino en cómo podría manifestarle su amor que redundase en honor de El todo lo posible, y para ella en la mayor confusión. Dirigióse, pues, á la casa de un hombre rico que acababa de dar hospitalidad al Divino Jesús y que en su orgullo y altanería trató con menosprecio á la pública pecadora. Quiso ésta suplir á ciertas atenciones que se habían omitido con Aquel á quien amaba, y según previó de antemano fué vilipendiada como intrusa por la manifestación de su inconsolable dolor.

—Y ¿qué hizo, Miriam, esa mujer?

—Se arrodilló á los piés del Señor mientras estaba sentado á la mesa, los regó con sus lágrimas, los enjugó con sus largos y hermosos cabellos, y después de besarlos fervorosamente derramó sobre ellos un bálsamo de gran precio.

—Y ¿cuál fué el resultado?

—Que habiéndola llenado de improperios el amo de la casa, Jesús la defendió y dijo que sus pecados le eran perdonados porque había amado mucho; despidiéndola luego llena del más dulce consuelo.

—Y ¿qué fue de ella?

—Cuando Jesús estaba crucificado en el Calvario, sólo dos mujeres obtuvieron el privilegio de permanecer junto á él: una fué María Inmaculada, la otra María la penitente; para patetizar así que el amor sin mancilla y el amor arrepentido pueden caminar de la mano ante Aquel que dijo haber venido al mundo para llamar á penitencia, no á los justos, sino á los pecadores.

Suspendiendo aquí su plática no volvieron á pronunciar una palabra más aquella noche Fabiola y Miriam. Fatigada ésta por los esfuerzos que había hecho, cayó en plácido sueño. Fabiola continuó sentada á su lado, con el corazón y la mente rebosando de aquella doctrina de amor. Meditando incesantemente sobre cuanto acababa de oír, cada vez se penetraba más del perfecto acuerdo que existía entre todas las partes de tan admirable sistema. Porque si Miriam, imitando el amor del Redentor, estuvo pronta á morir por ella, no lo estuvo ménos á perdonarla cuando inconsideradamente la injuriara. Ahora ya entendía cómo todo cristiano debe imitar á su Maestro: la que allí dormía tan tran-

quila era fiel imágen suya, y bien podía representar á los ojos de Fabiola al Divino Salvador.

Cuando, después de algunas horas de tranquilo reposo, despertó Miriam, vió á su ama (pues no estaba aún extendida su carta de libertad) yacente á sus piés, sobre los cuales había llorado, hasta que en aquella humilde postura la venció el sueño. Miriam comprendió toda la significación y el mérito de aquel acto de humillación espontánea, y dió gracias á Dios en el fondo de su corazón por haberse dignado aceptar su sacrificio.

XXXI

Historia de Miriam

A la mañana siguiente Dionisio halló á la enferma y á su noble enfermera poseídas de tan vivo contento y satisfacción, que se congratuló con ambas de que hubiesen pasado una buena y sosegada noche. Riéronse las dos, manifestando que en efecto había sido aquella noche la más feliz de su vida. Mirábalas Dionisio sorprendido, hasta que Miriam, asiendo á Fabiola de la mano, se la presentó, diciendo:

—Venerable siervo de Dios, confío á vuestro paternal cuidado esta catecúmena, que anhela instruirse á fondo en los misterios de nuestra santa Fe y ser regenerada por las aguas de la vida eterna.

—¡Cómo!—exclamó Fabiola admirada,—¿sois más que un médico?

—Soy además, hija mía, sacerdote, aunque indigno, de la Iglesia de Dios.

Fabiola postróse á sus piés sin vacilar y le besó la mano. Dionisio le puso la diestra sobre la cabeza, y dijo:

—Animo, hija mía, que no eres la primera de tu familia á quien Dios acoge en el gremio de su santa Iglesia. Hace ya muchos años fui llamado aquí á pretexto de visitar á una enferma; pero en realidad para administrar el bautismo, pocas horas antes que espirase, á la esposa de Fabio.

—¡A mi madre!—exclamó Fabiola.

—Sí; á tu madre, fallecida poco después de haberte dado á luz.

— ¿Murió, pues, cristiana?

— Sí; y no me cabe la menor duda de que su espíritu ha acompañado al Ángel de tu guarda, guiando tus pasos hasta la bendita hora presente, y orando incesantemente por tí ante el trono del Altísimo.

Enajenáronse de gozo los corazones de las dos amigas, y después de concertar con Dionisio las disposiciones necesarias para la instrucción de Fabiola y su preparación al bautismo, acercóse ésta á Miriam, y tomándole la mano le dijo:

— Miriam, ¿me permitirás que de hoy en adelante te llame hermana?

Por toda respuesta recibió Fabiola un apretón de manos y gozosas lágrimas de la enferma.

Siguiendo el ejemplo de su ama, la anciana nodriza Eufrasia y la esclava griega se pusieron también bajo la dirección del venerable Dionisio para prepararse á recibir el sacramento del Bautismo la víspera de Pascua de Resurrección, uniéndose á ellas Emerenciana, la hermana de leche de Inés, que Fabiola recogiera en su casa.

En el transcurso de su convalecencia contó Miriam á Fabiola varias particularidades de su vida, y como arrojan no poca luz sobre pasajes que llevamos referidos, vamos á transmitir las al lector en forma de historia.

Algunos años antes de la época en que principia nuestra narración vivía en Antioquia un hombre que, si no de antiguo linaje, era muy rico y estaba relacionado con las familias más ilustres de aquella ciudad. Para conservar su posición habíase visto obligado á hacer grandes gastos, y por falta de bien ordenada economía se halló al fin abrumado de deudas. Estaba casado con una dama de virtud ejemplar, que fué cristiana primero en secreto, y luego ostensiblemente á pesar de la oposición de su marido.

Fruto de ese matrimonio fueron dos hijos, varón y hembra, de cuya educación se encargó la madre. El hijo, llamado Oroncio, nombre del río que baña la ciudad, contaba ya quince años cuando su padre descubrió las creencias religiosas de su esposa. Ya el niño había sido iniciado por su propia madre en los principios de la doctrina cristiana y asistía también á las ceremonias del culto, poseyendo así el conocimiento de ellas, de que más tarde hizo tan funesto uso. Sin embargo, no sentía la menor inclinación á abrazar las doctrinas ni á sujetarse á las prácticas cristianas, y menos aún á prepararse para recibir el bautismo. Voluntarioso por naturaleza al par que astuto, se resistía á poner freno á sus pasiones, y quería gozar á sus anchas de los honores mundanos y de todas las diversiones y placeres de la más desenfrenada licencia. Además de la lengua griega, que era la

comunmente usada en Antioquia, hablaba con facilidad y elegancia la latina. Con tales dotes no es de admirar que Oroncio se regocijase en extremo cuando su padre le separó de la vigilancia maternal y quiso que permaneciera adicto á la religión del Estado.

Respecto á la hija, tres años menor que Oroncio y cuyo verdadero nombre era Syra, por descender su madre de una acaudalada familia de Edesa, nada le importó al padre que continuase en el ejercicio de su nuevo culto. Miriam, de cuya educación intelectual había cuidado con esmero su madre, creció sencilla y retirada, y no tardó en ser un modelo de virtud. Consignáremos de paso que en aquella época la ciudad de Antioquia gozaba de gran fama por la sabiduría de sus filósofos, de los cuales no pocos eran también ilustres cristianos.

Algunos años después, cuando entrado Oroncio en su mayor edad iba desarrollándose ya su perversa índole, pasó á mejor vida su virtuosa madre. Como no se ocultaba á ésta la ruina que amenazaba á su marido, resuelta á que su hija no dependiese de la malversación del padre ni del fatal egoísmo y ambición del hermano, antes de morir aseguró su propia fortuna de la codicia de entrambos, instituyéndola en toda forma su heredera universal. Resistióse con firmeza á las influencias y á los artificios empleados para que desistiese de su determinación, ni se dejó vencer por las vivas instancias que se le hicieron para que cediese sus bienes y los involucrase con el caudal de su familia; entre otros consejos que dió á su hija en el lecho de muerte, le exigió la promesa solemne de que no consentiría nunca, cuando llegase á la mayor edad, que se alterasen en lo más mínimo sus disposiciones.

Crecieron de día en día los apuros del padre, pues sus negocios iban de mal en peor, y apremiado por los acreedores había obtenido una sentencia de expropiación, cuando se presentó y agregó á la familia un personaje misterioso, llamado Eurotas. Nadie sino el jefe de la casa parecía conocerle, y aun éste le consideraba unas veces como salvador y bienhechor de la familia, y otras como su genio maléfico y causa principal de su ruina.

Como el lector conoce ya las confesiones de Eurotas, bastará añadir que á pesar de ser el hermano mayor, conociendo que su genio brusco, displicente y sombrío le incapacitaba para estar al frente de la familia y administrar tranquila y discretamente la hacienda, y dominado de la ambición de elevarla á más alta posición y aumentar su fortuna, tomó cierta suma de dinero, desapareció por algunos años, dedicóse á un arriesgado tráfico en el interior del Asia, penetró en la China y en la India, y por último regresó con un crecido capital en piedras precio-

sas, con el cual facilitó á su sobrino la breve carrera de ostentación que en Roma le vino á conducir á su ruina.

En lugar de una familia rica, en la cual se hubieran podido acumular riquezas superfluas, Eurotas encontró únicamente á su regreso una casa que necesitaba reedificarse sobre sus ruinas: pero prevaleció el orgullo de familia, y después de amargas reconvenções y violentos altercados con su hermano, bien que ignorados de los demás, pagó con su capital todas las deudas, y se convirtió virtualmente en dueño de los restos de la fortuna de su hermano y en tirano de la familia entera.

Después de algunos años más de trabajosa existencia murió el padre. En sus últimos momentos llamó junto á su lecho á Oroncio y le dijo que nada poseía para cedérselo en herencia, pues de todo estaba posesionado Eurotas, á quien, sin embargo, le dejaba recomendado. Sin manifestarle el estrecho parentesco que con éste le unía, el moribundo manifestó á su hijo que no le quedaba en la tierra sino Eurotas como protector y guía.

Devorado por el orgullo, la ambición y el libertinaje, Oroncio se halló súbitamente en manos de un hombre sin corazón, desnaturalizado, y con no menos ambición que la suya, el cual por primera condición le impuso la sumisión más absoluta á su voluntad, en la inteligencia además de que ningún esfuerzo había de omitir encaminado al exclusivo fin de restaurar la fortuna y el brillo de la familia, sin preocuparse un punto en si eran buenos ó malos, honrosos ó viles, los medios empleados.

Después de la ruina de la casa, era poco menos que imposible continuar viviendo en Antioquía. Oroncio estaba en la persuasión de que con un mediano capital podía con mejor éxito tentar fortuna en otra parte que no fuese su nativo suelo: mas luego se encontró con que la venta de todo cuanto quedaba de su padre apenas alcanzaba á cubrir sus deudas. Todavía, sin embargo, quedaba intacta la herencia de su hermana, y tío y sobrino convinieron en la necesidad de arrebátársela.

Al efecto ensayaron todo género de artificio, pero ella les opuso una firme resistencia, ya porque no quería faltar al mandato de su moribunda madre, ya porque proyectaba fundar una comunidad de vírgenes consagradas como ella al Señor y pasar el resto de sus días en la oración y en obras buenas. Como por entonces acababa de entrar en la edad legal y podía disponer libremente de su hacienda, ofrecióles hacer en obsequio de ellos cuanto pudiese y proveer á sus necesidades; pero como tal proposición no llenaba sus deseos, y en vista de que eran inútiles todas sus astucias, ideó Eurotas los medios más violentos para deshacerse á toda costa de una persona que les obstruía el paso.

Oroncio se estremeció al cruel pensamiento de un delito,

mas Eurotas fué gradualmente familiarizándole con su horrible idea, hasta que no deteniendo ya á Fulvio sino la repugnancia de cometer por su propia mano un fratricidio, figuróse que haría casi un esfuerzo de virtud imitando á los hermanos de José, que encontraron la manera de desembarazarse de él sin verter su sangre.

Nada más á propósito para la realización de su pensamiento que una estratagema, una violencia oculta, de que no pudiesen conocer los tribunales ni ser denunciada por nadie: y tales fueron precisamente los medios de que se valió.

Entre los privilegios de que gozaban los cristianos primitivos llevamos ya mencionado el de conservar en su casa la sagrada Eucaristía para comulgar en secreto, y hemos también descrito cómo la envolvían en el *orarium* ó lienzo, y este á su vez en una más rica tela, encerrando tan precioso don en un *arca* cerrada bajo llave. Esto lo sabía Oroncio, como también que aquel don era estimado por los cristianos infinitamente más que el oro y la plata; que los Padres de la Iglesia consideraban como un espantoso delito el dejar caer por negligencia una partícula del Pan consagrado, y que el nombre de *perla* que daban al más pequeño fragmento (1) patentizaba que era tan precioso á los ojos de los buenos creyentes, que todo en el mundo lo sacrificarían por salvar de una profanación sacrílega la Santa Eucaristía.

El rico pañuelo recamado de perlas con que más de una vez hemos llamado la atención del lector, era la envoltura exterior con que la madre de Miriam preservaba ese tesoro; y la hija lo conservaba como preciosa herencia y como reliquia sagrada, pues continuaba aplicándolo al mismo uso.

Una mañana, arrodillada Miriam delante de su doméstico tabernáculo, procedió á abrirlo después de una fervorosa oración. ¡Cuál fué su sorpresa y su consternación al notar que el arca estaba descerrajada y sustraído su tesoro! Echóse á llorar amargamente como María Magdalena en el sepulcro porque le habían llevado su Señor y no sabía dónde lo habían depositado (2); y como ella también se inclinó y miró otra vez con más atención dentro del arca, descubriendo entonces un papel que á causa de su primera sorpresa y turbación no había advertido antes. En él pudo leer que el objeto que buscaba lo tenía su hermano, de quien podría rescatarlo. Corrió al punto en busca suya, y lo encontró en íntimo coloquio con Eurotas, á cuya

(1) Así en la liturgia oriental. Fortunato llama á la sagrada Eucaristía *Corporis Agni margarita ingens*: «la gran perla del Cuerpo del Cordero» (Lib. III).

(2) Joan. xxi, 13.

presencia se estremecía siempre: arrodillada á los pies de Oroncio, suplicóle con lágrimas que le devolviese lo que ella estimaba en más que el mayor tesoro. Estaba Oroncio á punto de ceder, cuando Eurotas, clavando en él miradas de fuego, le intimidó, y volviéndose á Miriam dijo:

—Te cogemos la palabra, y queremos aquilatar la firmeza de tu fe. ¿Deseas en realidad rescatar lo que buscas?

—Sacrificaré cuanto poseo por evitar la profanación del Santo de los Santos.

—Firma, pues, este papel, dijo Eurotas con diabólica sonrisa.

Tomó Miriam la pluma, y después de pasar una rápida ojeada por el documento puso en él su firma. Era una cesión completa de todos sus bienes á Eurotas, sin que en ella se refiriese para nada á Oroncio, que si bien se enfureció de que el hombre á quien él mismo sugiriera aquella traza contra su hermana se aprovechase de ella dejándole burlado, tuvo que morder la cadena con que le tenía más que nunca oprimido. De allí á poco, Eurotas exigió de Miriam una renuncia más explícita de sus derechos, que fué revestida de las formalidades prescritas por la legislación romana.

Al principio los dos cómplices trataron con blandura y halagos á su víctima, pero luego le insinuaron la necesidad en que estaba de dejar la casa de Antioquía, á causa de que Oroncio y su amigo tenían resuelto pasar á Nicomedia, residencia de los emperadores. Pidió Miriam que la enviasen á Jerusalen, donde esperaba ser admitida en alguna Comunidad de religiosas; y al efecto fué embarcada á bordo de un buque cuyo capitán no gozaba de la mejor reputación. Como acostumbraban los cristianos de aquellos tiempos al emprender un largo viaje, Miriam llevó consigo la Hostia Santa cuidadosamente envuelta en aquel pañuelo, la única prenda de valor que guardó en su poder al ausentarse de la casa paterna.

Cuando el buque se halló en alta mar, en vez de hacer rumbo á Joppe ú otro cualquier punto de la costa, continuó navegando mar adentro, ignorábase hacia qué lejano país. Los pocos pasajeros que iban en la nave comenzaron á alarmarse y promover una acalorada disputa, á la que puso término una repentina y violenta borrasca. Impelida la embarcación durante algunos días á merced de los vientos, fué á estrellarse en los arrecifes de una pequeña isla cercana á la de Chipre. Arrojada sana y salva á la playa, atribuyó Miriam su salvación al inapreciable tesoro que llevaba consigo. Creyó ser la única persona salvada del naufragio, porque no vió en la costa otros naufragos: no faltó, sin embargo, quien se salvara también, y que al regresar á Antioquía esparciera la nueva de la muerte de Miriam y de los demás pasajeros y tripulantes.

Algunos isleños que vivían de despojos de los naufragos, recogieron á Miriam en la playa, y viéndola sin amigos y sin recursos la vendieron á un mercader de esclavos, quien la llevó á Tarsó en el continente, y allí la volvieron á vender á una persona de alto rango que la trató con suma bondad.

Poco tiempo después, habiendo encargado Fabio á uno de sus agentes en Asia que le proporcionase, sin reparar en el precio, una esclava instruida, virtuosa y de maneras distinguidas para cuidar á su hija, vino Miriam á Roma bajo el nombre de Syra para traer la salvación á la casa de Fabiola.

XXXII

Muerte gloriosa

Algunos días después de los sucesos referidos en el penúltimo capítulo anunciaron á Fabiola que deseaba hablarle un anciano al parecer muy acongojado. Bajó Fabiola y le preguntó su nombre y el objeto que le traía.

—Me llamo Efraim,—respondió el viejo,—acredito una suma considerable, asegurada sobre los bienes de la difunta Inés; y como según mis informes acaban de pasar á vuestras manos, vengo á reclamaros su pago, porque si no lo realizo estoy arruinado.

—No comprendo cómo pueda ser eso,—dijo Fabiola con suma extrañeza.—No creo posible que mi prima haya contraído nunca deudas.

—No fué ella precisamente,—repuso algo turbado el usurero,—sino un sujeto llamado Fulvio, á quien por derecho de confiscación debían pasar esos bienes, y sobre ellos le adelanté una crecida suma.

El primer impulso de Fabiola fué despedir á aquel importuno sin otra réplica; pero acordándose de Miriam, hermana del deudor, dijo al usurero:

—Satisfaré las deudas contraídas por Fulvio, pero sólo con el interés legal y prescindiendo de vuestros contratos usurarios.

—Sin embargo, señora, considerad los riesgos á que me expuse, y tened por cierto que mis condiciones han sido bastante moderadas.